

EVANGELIZACIÓN Y MISIÓN, TAREA DE TODO CRISTIANO: EL EJEMPLO DE JESÚS Y LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Introducción

En nuestra Iglesia se habla últimamente mucho de “Nueva Evangelización”, término que no es nuevo, sino ya utilizado por el Papa Juan Pablo II allá por los años 80, pero que parece estar plenamente vigente hoy, tanto, que Benedicto XVI ha decidido convocar la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana” (del 7 al 28 de octubre de 2012). La asamblea examinará la situación actual en las Iglesias particulares, para señalar nuevos modos y expresiones de la Buena Noticia, que ha de ser transmitida con nueva fuerza, al mundo actual.

La evangelización es el horizonte normal de la actividad de la Iglesia y el anuncio del evangelio, algo irrenunciable. Así, esta nueva evangelización está dirigida a los que se han alejado de la Iglesia en los países que formaban parte de la antigua cristiandad y también está dirigida a aquellos países donde el Evangelio fue anunciado en los últimos siglos, pero todavía no se ha asentado.

Así, antes de la XIII Asamblea General ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre la nueva evangelización, se han publicado unos “Lineamenta” (Los “Lineamenta”: palabra latina que significa líneas de orientación, tienen, por naturaleza, un amplio alcance y pretenden provocar observaciones y reacciones a gran escala sobre el tema tratado) para facilitar la discusión a nivel de la Iglesia universal.

¿Qué nos dice el documento “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Lineamenta”?

1. Dónde estamos: “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Lineamenta”

En su introducción, habla de *la urgencia* de la nueva evangelización, que es tarea inexcusable de la Iglesia. Esta urgencia sirve para enfrentarse a los desafíos de un mundo que se transforma aceleradamente. Y, junto a la urgencia, *el deber* de evangelizar, en palabras de san Pablo: “... ¡y pobre de mí si no anunciara el evangelio!”(1Cor 9,16). La tarea de la evangelización es misión esencial de la Iglesia, ya que ella “existe para evangelizar”, en palabras de Pablo VI.

Para la evangelización, hace falta *discernimiento*, es decir, saber qué hay que hacer en cada momento. Un proceso que no depende directamente de nosotros, sino del Espíritu, y que nos hace vivir una situación especial: nos encontramos en una época de fuertes cambios históricos y culturales, de pérdida de puntos de referencia. Incluso, las críticas a la Iglesia, con razón o sin razón, se han multiplicado. Por ello, evangelizar al mundo hoy, supone un desafío para saber dónde debemos poner nuestras fuerzas.

El *primer capítulo*, titulado “Tiempo de nueva evangelización” explica el significado de “nueva evangelización”, término introducido por el Papa Juan Pablo II y empleado, primero para su tierra polaca y, después, para el Continente latinoamericano. Este término se relanza y dirige, posteriormente, a la Iglesia universal, y con él se indica el esfuerzo de renovación que la Iglesia debe hacer para estar a la altura de los desafíos socioculturales que el mundo de hoy hace a la fe cristiana.

“Nueva evangelización” pasa a ser: 1) renovación espiritual de la vida de fe de las Iglesias locales; 2) nuevas responsabilidades para proclamar, de forma gozosa, el evangelio. Y todo, dirigido tanto al diálogo con otras religiones, como con los que consideran la religión como una cosa extraña.

Así, la “nueva evangelización”, se convierte en un estilo y una capacidad del cristianismo para saber leer y descifrar los nuevos escenarios que han surgido en las últimas décadas:

- + El escenario cultural. Es esta época de profunda secularización, se ha perdido la capacidad de escuchar la palabra evangélica. Este escenario se ha teñido de tonos anticristianos y antirreligiosos.

- + El escenario social. El fenómeno migratorio ha hecho de nuestras sociedades una mezcla de culturas. Así, la “nueva evangelización” ya no es un fenómeno geográfico determinado. Ya no hay que salir de la sociedad para evangelizar.

- + El escenario de los medios de comunicación social. Son los nuevos escenarios de debate donde la “nueva evangelización” debe estar presente.

- + El escenario económico. La iglesia, en esta situación de crisis, no puede estar ajena.

- + El escenario de la investigación científica y tecnológica. Aquí existe el peligro de hacer de la ciencia una nueva religión.

- + El escenario de la política. Se ha terminado la división del mundo occidental en dos bloques, han aparecido nuevos actores en la escena internacional: mundo islámico y mundo asiático.

Frente a estos nuevos escenarios, como cristianos, debemos asumir una actitud crítica de discernimiento, haciendo una relectura del presente desde la esperanza. Incluso se debe tener la audacia mostrando cómo la fe cristiana puede iluminar estos problemas. No se puede olvidar la fuerza profética y transformadora del evangelio.

Y, en las circunstancias en las que estamos, se deberá encontrar un nuevo modelo de ser Iglesia, que siga comprometida con la vida cotidiana de las personas. Una Iglesia que se acostumbre a vivir en situación de minoría debido a la descristianización de los países donde antes vivía en mayoría. Se deberá ver la renovación que la transformación del contexto cultural y social pide a la Iglesia.

Así, las Iglesias de antigua cristiandad, antes de ser misioneras para los no cristianos de otros países, deberá preocuparse de los no cristianos de su propia casa.

En el segundo capítulo, “Proclamar el evangelio de Jesucristo” se recuerda que la finalidad y la transmisión de la fe, es el encuentro y la comunión con Cristo. No transmitimos un sistema de artículos de fe y de preceptos morales ni un programa político, sino a una persona: Jesucristo, que es Palabra definitiva de Dios. La fe es el encuentro con la persona de Cristo.

Y es la Iglesia la que transmite la fe que ella misma vive. El mandato del anuncio y de la proclamación, no está reservado a algunos en particular, a unos pocos elegidos, sino que la transmisión de la fe, incumbe a todo cristiano. Y es una acción fundamental de la Iglesia y de las comunidades cristianas. La Iglesia debe promover comunidades cristianas donde se articulen con fuerza las obras fundamentales de la fe: caridad, testimonio, anuncio, celebración...

No se debe olvidar la relación entre la Palabra de Dios y la transmisión de la fe. Es necesario destacar en el pueblo de Dios un mayor conocimiento de la Palabra de Dios. Existe la necesidad de una mayor atención a la proclamación de esta Palabra y de una mayor entrega a la predicación. Pero, junto a las palabras, la transmisión de la fe está relacionada directamente con la oración, que es relación con Dios. En esta educación de la oración, es decisiva la liturgia

con su propia función pedagógica. La pedagogía de la fe (catequesis y catecumenado), es también esencial como proceso de transmisión del evangelio.

El lugar para transmitir la fe es toda la Iglesia, pero se manifiesta en las Iglesias locales. Pero surgen nuevos desafíos para estas Iglesias locales: escasez de sacerdotes, situación de cansancio de las comunidades cristianas, clima cultural adverso. Así, ante esta situación, las Iglesias locales deben intentar un nuevo impulso que posibilite la misión de evangelizar.

La finalidad del proceso de transmisión de la fe es edificar la Iglesia como comunidad de testigos del Evangelio. Para ello, promocionar a las familias, tener un espíritu ecuménico y de diálogo con otras religiones, sostener iniciativas de justicia social, no olvidar las vocaciones, reconocer fallos que puedan tener las propias comunidades.

El tercer capítulo, titulado “Iniciar la experiencia cristiana” habla, en primer lugar, de la iniciación cristiana como proceso evangelizador. Los sacramentos de iniciación cristiana se ven como etapas de un camino que lleva a la vida cristiana adulta dentro de un proceso de iniciación a la fe. Los tres (Bautismo, Confirmación y Eucaristía) tienen un vínculo esencial.

Ante la dificultad de que muchas personas hoy día no han oído hablar de Dios, antes de la iniciación a la fe, hace falta un primer anuncio proclamando el contenido fundamental de la fe. La catequesis, posteriormente, hará madurar esta conversión inicial. Ante el olvido del tema de Dios, hay que buscar formas e instrumentos para elaborar reflexiones sobre Dios que respondan a las esperanzas de las personas de hoy.

Iniciar en la fe, también lleva consigo educar. Hay un vínculo entre la fe y la educación. La evangelización y la iniciación a la fe están acompañadas por una acción educativa desarrollada por la Iglesia como servicio al mundo. La Iglesia posee una tradición que es capaz de ofrecer una presencia en el mundo de la escuela y de la educación. Por tanto, hay que prestar atención a este sector como un desafío hacia el futuro.

La fe cristiana también contribuye a dar sentido a las experiencias fundamentales del hombre. Confronta su visión con otras distintas, Tiene instituciones, centros de investigación, universidades que desarrollan su función con la investigación y el progreso. Dentro de la “nueva evangelización”, también hay lugar para el empeño cultural y educativo de la Iglesia. Y estos lugares, también pueden ser lugares de encuentro con los no creyentes.

Y, finalmente, la “nueva evangelización” también está en relación directa con el testimonio de vida que se dé. La ejemplaridad es muy importante. El testimonio de vida fiel a Jesucristo, que lleve consigo desapego a los bienes materiales, libertad frente a los poderes de este mundo, hará creíble al cristiano.

Como conclusión, el documento fundamenta la “nueva evangelización” en María y en Pentecostés, en el sentido de que, cronológicamente, la primera evangelización comenzó el día de Pentecostés.

Esta “nueva evangelización” (que no “nuevo Evangelio”) quiere decir dar una respuesta adecuada a los signos de los tiempos, a las necesidades de hombres y pueblos de hoy, a los nuevos escenarios que diseña la cultura.

“Nueva evangelización” significa reavivar el impulso primero, dejándonos llenar de la valentía de la predicación apostólica después de Pentecostés. Los cambios históricos pueden producir miedo, por lo que se necesita de una visión que permita ver el futuro con esperanza. Se trata del Reino que viene, que ha sido anunciado por Jesucristo y descrito en sus parábolas.

Esta “nueva evangelización” es nueva proclamación del mensaje de Jesús, que infunde alegría y da razón de nuestra fe (“... estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza

a todo el que os pida explicaciones” -1Pe 3,15-). Que Dios tenga rostro humano y que nos ame, no es mensaje que nos podamos quedar sólo para nosotros.

Existe el peligro del desaliento, que es producido por la falta de alegría y de esperanza. La “nueva evangelización” se debe afrontar, más que como un deber o un peso, con entusiasmo.

2. ¿Cómo ven Jesús y los primeros cristianos la misión de evangelizar?

Leyendo los textos del evangelio que tienen que ver con la misión, se destaca n primer lugar la instrucción, *la formación* de quienes tienen que evangelizar. Jesús realiza una catequesis con aquellos que le acompañan. Los evangelios sinópticos tienen un mismo esquema: ministerio de Jesús en Galilea, subida a Jerusalén, estancia en Jerusalén. Pues bien, en esa subida desde Galilea hasta Jerusalén, los discípulos reciben la enseñanza y contemplan las obras y acciones de Jesús.

Es más, todas esas enseñanzas, en el evangelio de Mateo, se pueden distinguir cinco discursos de Jesús que, recogidos y adaptados por el evangelista, servirán para esta formación:

- La fidelidad propia del Reino (caps. 5-7): El discurso de Jesús en la montaña (Bienaventuranzas...)

- La misión de los discípulos (cap. 10): El discurso de misión a los discípulos elegidos, se encuentra muy desarrollado en Mateo. Aparece como una recopilación de recomendaciones destinadas a los apóstoles para comunicarles el espíritu de la misión.

- Las parábolas del reino (cap. 13): Las parábolas se presentan como una escuela de discernimiento; a su luz puede el cristiano evaluar la atención que presta a la palabra de Cristo.

- El comportamiento de la comunidad (cap. 18): Se trata de la acogida pastoral que se debe dar a los "pequeños" y del ejercicio de la misericordia en las relaciones entre los miembros, llamados "hermanos".

- La actitud durante la crisis final (caps. 24-25): El discurso sobre la venida del Hijo del hombre ofrece una perspectiva sobre el compromiso del cristiano respecto a la última venida de éste en la historia humana.

Jesús echa mano de mensajeros para evangelizar. El Reino de Dios hay que manifestarlo por medio de palabras y obras. Así, Jesús confía en quienes han estado con él para llevar a cabo esta misión.

Los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas), tienen relatos de misión. En Marcos los encontramos en Mc 6, 7-13. Lucas tiene una doble misión: la misión de los Doce (Lc 9, 1-6) y la de los Setenta y dos (Lc 10,1-16). En Mateo también encontramos este relato de misión (Mt 10, 9-14).

¿Cuál es el elemento común de los cuatro discursos de misión? Preceptos sobre la renuncia a las provisiones para el viaje, por lo que había que confiar, plenamente en la hospitalidad. (Hoy: ¿Vamos demasiado aprovisionados en nuestra evangelización?, es decir, los recursos materiales (planes detallados, estadísticas...) pueden restar frescura para presentar el evangelio).

Pero, sobre todo, es en el texto de Lc 10, 1-16, donde parecen ampliarse las condiciones de la misión respecto a los otros textos. Los primeros cristianos estaban convencidos de que su actividad misionera estaba enraizada en un auténtico mandato de Jesús, si no durante su

ministerio público, sí después de su resurrección. Las instrucciones de Jesús son, aquí, más precisas que en los otros textos. Se pueden comprobar dos rasgos importantes ya al principio:

+ efectividad y previsible hostilidad. El cometido de la misión no va en la línea de los convencionalismos sociales ni busca la comodidad. No habrá tiempo para pararse a saludar (rapidez), ni para alojamientos más confortables. Y la proclamación debe ser: “El Reino de Dios está entre vosotros”.

Pero, también, son enviados como corderos entre lobos, expuestos a ataques y enfrentamientos.

Y la evangelización necesita de las manos de todos. No sólo los Doce, en el evangelio de Lucas, sino que está el texto de los setenta y dos discípulos, es decir, se necesita de más gente que proclame con su testimonio la salvación que trae Jesús con su palabra y con su persona.

Estas instrucciones de Jesús, no contienen únicamente la misión de proclamar el Reino y curar enfermedades (decir y hacer, misión completa), sino que incluyen, además, una insistencia en *la oración*. El éxito de la misión dependerá no sólo del trabajo de los discípulos, sino también de una súplica perseverante. El dueño de la mies es Dios, cuyo reinado hay que proclamar (no todo depende de nosotros).

Y es que la evangelización es misión irrenunciable para todo cristiano. Los evangelios sinópticos terminan con el mandato de Jesús de evangelizar. Es una misión universal para los discípulos.

Los consejos del Jesús resucitado podrían haber sido muchos, pero el principal es la misión, la evangelización.

a) Mateo (Mt 28,16-20)

Principalmente podemos destacar del texto en el versículo 19:

- “Poneos, pues, en camino...
- haced discípulos a todos los pueblos
- y bautizarlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”.

En este texto se expresa la misión universal de los discípulos. Aquí está expresada ya lo que será la misión de la Iglesia. Por la autoridad de Jesús, la Iglesia reunirá discípulos de todas las naciones (no es un proyecto militar y político, como en otras religiones). Su tarea consistirá en bautizar y enseñar. Éste encuentro de Jesús con sus discípulos, tiene lugar en un escenario significativo: en Galilea, donde él comenzó su misión. Los discípulos serán el pueblo mesiánico que continúe su misión. El envío que hace el Jesús resucitado, renueva el del Jesús terreno. La misión consiste en reunir a todos los que, bautizados, hagan realidad el estilo de vida de Jesús en la tierra hasta el final del mundo.

Las últimas palabras de Jesús son una invitación a volver al principio del evangelio para escuchar de nuevo sus enseñanzas y contemplar sus signos. Y son, también, una llamada a comunicar a otros la buena noticia desde la certeza de que el resucitado sigue presente en medio de la Iglesia.

b) Marcos (Mc 16, 9-20)

Principalmente, los versículos 14 y 15:

- “Por último, se apareció a los once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y su terquedad, por no haber creído a quienes lo habían visto resucitado
- Y les dijo: Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia”.

Jesús censura a los once por no haber creído en la palabra de quienes le habían visto resucitado. Seguidamente, les da instrucciones para que comiencen la misión, que va a ser

universal: irán a todo el mundo y predicarán a toda la creación. Cristo resucitado les ha liberado de la ceguera de la incredulidad y les ha dado el encargo de abrir los ojos a los demás.

c) Lucas

La obra de Lucas se compone de dos partes: el Evangelio y el libro de los Hechos de los Apóstoles. La primera trata sobre Jesús y la segunda sobre el desarrollo de la Iglesia después de la Ascensión de Jesucristo. Precisamente, en el comienzo del libro de los Hechos de los Apóstoles, dentro de la despedida de Jesús, se da, también, como en los otros evangelios, el mandato de ser testigos del evangelio. Y éste ser testigos, está contemplado en tres etapas:

+ Jerusalén.

+Judea y Samaría.

+Los confines del mundo.

En el relato (Hch 1,3-8), Jesús deja claro que no deben encerrarse en sí mismos, creerse una comunidad cerrada y autosuficiente, sino que deben abrirse a otras gentes, a otros pueblos. El mensaje no es exclusivista, para unos pocos, sino para toda la humanidad.

Este mandato de Jesús, en el libro de Hechos, tiene una característica especial. Los que evangelizan, reciben *la fuerza del Espíritu Santo* (no confiar sólo en nuestras fuerzas), es decir, no están abandonados a su suerte o, sólo, a sus fuerzas. Tienen esta fortaleza que evita que desfallezcan. Esta fuerza acompañará a la Iglesia naciente durante todo el libro.

Cuando Jesús ya no está con los discípulos, y comprueban que la tarea que les ha encargado es inmensa ¿qué ocurre? Y ellos son pocos, ya que según Hch 1, 14-15, unos meses después de la crucifixión, no serían muchos más de ciento veinte (¿y nos desanimamos porque decimos que cada vez somos menos?)

¿Qué hacer cuando se tiene algo bueno que anunciar, nada menos que la salvación, que Dios se ha hecho carne y nos ha traído su Palabra? La chispa salta con la promesa de Jesús el día de Pentecostés. Podría decirse que es el punto de partida de la misión, de la evangelización. No es que haya discursos, pero algo está sucediendo. Aunque siempre hay un contrapunto, ya que algunos tratan a los discípulos de Jesús de borrachos.

Y, seguidamente, el discurso de Pedro. Por primera vez, después de la Ascensión, los discípulos proclaman públicamente el mensaje de salvación. ¿Qué proclamar? Pues un resumen de la Historia de la Salvación con su culminación en Jesús (es el núcleo de toda proclamación).

Y ¿cómo se organizaban estos primeros discípulos? Su testimonio evangelizador pasaba por su vida de comunidad. El libro de los Hechos presenta de forma algo ideal la comunidad de Jerusalén, pero su organización se intentaba basar en tres cosas. Lo comprobamos en los resúmenes que se hacen de la vida en la comunidad (Hch 2, 42-47; 4, 32-37).

Perseveraban:

+ En la enseñanza de los apóstoles (formación)

+ En la fracción del pan y en las oraciones (eucaristía)

+ Vivían unidos y lo tenían todo en común (fraternidad)

Y también se dice: “Acudían diariamente al templo, partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón... y se ganaban el favor de todo el pueblo. Por su parte, el Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los creyentes”.

Esto no impide que la evangelización tenga dificultades. Siguiendo el curso del libro de Hechos, Juan y Pedro son encarcelados porque las autoridades estaban molestas “porque enseñaban al pueblo y anunciaban que la resurrección de los muertos se había realizado ya en

Jesús” (Hch 4, 2). Y, nuevamente, los apóstoles son perseguidos por el éxito que tienen en su misión (Hch 5, 17ss).

Pero si, de dificultades hay que hablar en la evangelización, dentro de la Iglesia naciente, las tuvieron todas. Se desencadenó una gran persecución contra la Iglesia en Jerusalén y muchos tuvieron que dispersarse por otras regiones, por lo que, en apariencia, debería casi haber acabado con la Iglesia, se convirtió en nuevo estímulo para la evangelización.

En estas primeras etapas de evangelización, también hay problemas dentro de misma Iglesia (¿cuándo no los ha habido?) respecto a los destinatarios. ¿Se cerraba la comunidad cristiana dentro del mundo judío? ¿Se abría al nuevo horizonte de un mundo más amplio que la rodeaba, el mundo griego y romano? En el capítulo 10 de Hechos, con la visión de Pedro, arranca la universalidad de la misión.

Pero esta universalidad no será bien vista por otros componentes de la comunidad. ¿Quién quiera hacerse cristiano tiene que cumplir las leyes religiosas judías? Ese era el debate. Y era muy fuerte. Tanto, que provocó el denominado “Concilio de Jerusalén” (Hch 15), donde se llegó a unos acuerdos mínimos para mantener la unidad en la Iglesia. Tampoco nos puede extrañar que hoy día, frente a la evangelización, o nueva evangelización, haya debates y distintas formas de ver las cosas.

Pero, si de misión y evangelización hablamos, la persona que más destacó entre los primeros cristianos, fue, sin duda, Pablo de Tarso. La mitad de la vida persiguiendo a los discípulos de Jesús y, la otra mitad, hasta su muerte en Roma, anunciando a Jesús resucitado. Es la vida de alguien dedicado en cuerpo y alma al evangelio (“... ¡pobre de mí si no anunciara el evangelio!”(1Cor 9,16). Y ¿Cómo evangelizar?: creando pequeñas comunidades donde se pudiera vivir la Buena Noticia. En él cabe destacar, la urgencia en la misión y el cuidado de todas aquellas comunidades que iba fundando, algunas de las cuales le dieron muchos problemas.

Pablo era de los que querían dar testimonio con su palabra y con su vida. Dentro de su forma de evangelizar, no aceptaba ser ayudado económicamente por nadie, salvo en alguna ocasión por la comunidad de Filipo, a la que estaba muy unido. Evangelizar no era, para él, un negocio. Su trabajo de curtidor le procuraba el sustento. Evangelizar no significaba para él hacer fortuna, al contrario estaba dispuesto a pasar todos los padecimientos con tal de anunciar a Cristo (en 2 Cor. 11,24-27 nos da incluso una lista detallada de pruebas por las que había tenido que pasar: «Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en el abismo. Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajo y fatiga; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez». Y el libro de los Hechos nos certifica del realismo de todo ello: cárceles, tribunales, latigazos, insidias, amenazas de muerte, motines...).

El desánimo no iba con Pablo. Hay un episodio en el libro de Hechos que nos trae un buen ejemplo de esto. En su misión y evangelización de Grecia, llega a Atenas, la capital de la cultura y de la filosofía, ciertamente venida a menos en aquellos tiempos, pero todavía con su fama. Allí, en el areópago (lugar de reunión y discursos) lanza su oratoria perfectamente construida para hablar de Jesucristo y de su resurrección. Los griegos, incrédulos en esta materia acaban diciendo: “...ya te oiremos otra vez sobre esto” (Hch 17, 32). Y, después de todo su esfuerzo: “Algunos, sin embargo, se unieron a él y creyeron: entre ellos Dionisio el Areopagita, una mujer llamada Damaris y algunos otros” (Hch 17, 33).

3. ¿Dónde queremos estar?. Pistas para solucionar deficiencias

Parece que al hablar de “nueva evangelización”, nos vienen a la cabeza nuevos métodos para evangelizar. Las redes de comunicación avanzan a pasos agigantados. Internet, páginas web, facebook, twitter. Hay métodos nuevos, pero el contenido sigue siendo el mismo. Sí que habrá que utilizar lo que tengamos a mano y los nuevos adelantos en comunicación, pero lo importante son los contenidos. No creo que se trate sólo de dar recetas nuevas, sino, mejor, de ser creíbles en lo que anunciamos.

Así, y recordando a aquellos primeros cristianos, podemos constatar:

Falta *el ímpetu* de las primeras comunidades cristianas. Para ellas, tener fe era lo mismo que proclamarla. Desde Jesús enviando a los Doce y, en Lucas, al grupo de los setenta y dos, hasta el libro de los Hechos, donde se ve que el anuncio de la resurrección de Jesús es una buena noticia que hay que proclamar, primero a los judíos y luego a los paganos. San Pablo es, ya, el ejemplo de quien se implica totalmente en la misión.

Evangelizar no es *anunciar* un proyecto político y militar (como pasa en otras religiones), sino dar una Buena Noticia, la de la llegada del Reino de Dios a este mundo, traído por Jesucristo, muerto y resucitado.

Y en esta evangelización (o nueva evangelización), deberemos pensar que, en un mundo tan lleno de palabras, y de muchas palabras vacías, son *las acciones*, nuestras obras, las que pueden dar testimonio. Cuando Jesús envía a los primeros discípulos, les manda tanto anunciar como curar enfermos. Es decir, las palabras se acompañan de hechos o, de lo contrario, pueden carecer de validez. También, la Iglesia madre de Jerusalén, además de orar y escuchar a los apóstoles, compartía los bienes para que no hubiera necesitados, lo que servía de ejemplo para todos aquellos que la observaban.

La formación, el conocimiento de nuestra fe, de la Palabra de Dios, es básico para que tengamos algo que decir. Esto posibilita dar testimonio de lo que se cree. ¿Quién va a dar razón de su fe si apenas la conoce? Los apóstoles recibieron la enseñanza de Jesús; en el libro de Hechos, estos mismos apóstoles enseñaban en la comunidad; san Pablo pasó, seguramente, un tiempo de aprendizaje hasta que se lanzó al camino de la misión. Nosotros no podemos creer que no necesitamos conocer más y profundizar en nuestra fe.

No se debe tener miedo a *los desafíos* que puedan venir del mundo moderno. Ni a los constantes cambios que en él pueda haber. Los primeros cristianos acabaron lanzándose al mundo griego y romano para anunciar la Palabra.

Tampoco se deben temer *las dificultades*. La dificultad es algo innato a la evangelización (“pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles” 1Cor 1, 23). Las dificultades ya son anticipadas por Jesús cuando manda a los Setenta y dos con la misión de evangelizar: “¡En marcha! Mirad que os envío como corderos en medio de lobos” (Lc 10, 2-3). Y, también, las dificultades de la Iglesia naciente, que está a punto de romperse por las distintas visiones de la evangelización: quedarse en el mundo judío o abrirse al mundo que les rodeaba. Por no hablar también de san Pablo, el mayor evangelizador y misionero en los comienzos del cristianismo, que relata sus padecimientos en sus cartas y cómo, continuamente estaba asediado por aquellos que, dentro de la Iglesia, querían deshacer su obra.

Respecto a las dificultades, debemos tener en cuenta que *no somos un grupo cerrado* (característica de toda secta), sino que debemos estar abiertos a la sociedad y al mundo para evangelizar. Nuevamente, nos podemos fijar en san Pablo. Contemplando todo lo que anduvo, su pasión por anunciar el evangelio, la creación de comunidades cristianas, el anuncio de Cristo muerto y resucitado, vemos que es el camino para que podamos avanzar.

Sobre todo, hay una forma de evangelizar que se podría llamar “ejemplar”. Con la propia vida y la vida de comunidad. Podríamos preguntarnos: ¿somos creíbles en nuestras vidas?, ¿expresamos la Buena Noticia con alegría? Y esto viene por lo que hemos escuchado de la primera comunidad cristiana, la de Jerusalén. Aunque se nos presente como un ideal, allí se dice, llanamente, que vivían consecuentemente con lo que creían, por lo cual: “El Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los creyentes” (Hch 2, 47).

Insistiendo en el punto anterior, hay un aspecto que se debe resaltar: la alegría. No es lo mismo evangelizar con alegría que hacerlo como una imposición, como algo más. Este anuncio de la Palabra de Dios debe conducir a la alegría de saber que se ha sembrado en el mundo. El grupo de los Setenta y dos, enviados por Jesús, después de acabar su misión “volvieron llenos de alegría” (Lc 10, 17). Incluso, dentro de la primera comunidad, “compartían todo con alegría”.

Y, quizá, para finalizar, recordando a los primeros cristianos, habrá que evangelizar con *descaro*, en el buen sentido de la palabra. Es decir, sin complejos, con soltura. No debemos pensar que nuestro mensaje vale menos que otros muchos que circulan por nuestra sociedad. Un cristiano acomplejado no puede anunciar la Buena Noticia, al contrario, hará un flaco favor si él mismo tiene dudas sobre lo que quiere transmitir. Si recordamos los primeros capítulos del libro de Hechos, Pedro, Juan y otros apóstoles, son amenazados y encarcelados por las autoridades por hablar de la muerte y resurrección de Jesucristo y por hacer signos. A pesar de la presión que se ejerce sobre ellos contestan: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch 5, 29). Lo dicho, total descaro para anunciar el evangelio.

No todo depende de nosotros. Si volvemos al evangelio y a las parábolas de Jesús, contemplamos cómo en la parábola de sembrador (Mc 4, 3-9 y paralelos) se nos pone en guardia. Por mucho que sembremos el Mensaje (evangelicemos), no toda la siembra será productiva. No poca, dejará de dar fruto. Pero, no por ello vamos a dejar de sembrar.

Rafael Fleita